

CAPITULO VII

Fisonomía de la España primitiva

Causas que influyeron en las primeras conquistas de España, y en que los españoles perdieran su independencia y libertad. — Vanos y tardíos esfuerzos de algunos españoles por defenderlas. — Diferente conducta de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos para con los españoles. — Gobierno y organización política de cada uno de los pueblos invasores. — Cómo influyó cada cual en la civilización de España.

«Si los iberos, dijo ya Estrabon (2), hubieran reunido sus fuerzas para defender su libertad, ni los cartagineses, ni antes que ellos los tirios, ni los celtas llamados celtíberos hubieran podido subyugar, como lo hicieron, la mayor parte de España.»

El historiador geógrafo comprendió bien la causa del éxito que tuvieron las primeras invasiones de pueblos extraños en el territorio español. Le faltó explicar, y lo haremos nosotros.

Habitadas estas regiones por otras tantas tribus independientes cuantas eran las diferentes comarcas en que su misma estructura geográfica las divide; pueblos todavía groseros y rústicos, regidos por distintos rémulos ó caudillos, sin unidad entre sí y casi sin comunicaciones; propensos al aislamiento, aunque belicosos y bravos, cómo habían de oponer una resistencia compacta á extranjeros mas civilizados, mas disciplinados y mas astutos, aun dado que los indígenas en su ruda sencillez se hubieran podido apercibir de las ocultas miras de dominación de sus huéspedes?

No nos maravilla que los primeros colonizadores, los fenicios y los griegos asiáticos, logran establecerse sin oposición en las costas meridional y oriental del suelo ibero. Presentáronse ellos como comerciantes pacíficos é inofensivos, sin aparato bélico, tratando á los indígenas con dulzura, y no era difícil ni sorprender su buena fe con la política y la astucia, ni atraerse la admiración y el respeto de gentes toscas é incultas con el pomposo aparato de sus ceremonias religiosas, con sus objetos de comercio, no sin arte y gusto contruidos, y hasta con los adornos de sus naves estudiosamente engalanadas. Lo único que hubiera podido incomodarlos hubiera sido la extracción de sus riquezas, si hubieran conocido su valor. Enseñáronse con el tiempo y con las transacciones mercantiles los mismos colonos, y cuando los naturales comprendieron el excesivo ascendiente que con aquellas se arrogaban, tuvieronlos ya por incómodos y peligrosos huéspedes, y comenzaron las primeras protestas de independencia, en la costa oriental con los indigetes contra los focenses de Marsella, en la meridional con los turdetanos contra los fenicios de Cádiz.

Los cartagineses en su primer período condujéronse también menos como conquistadores y guerreros, aunque lo eran ya por inclinación y por sistema, que como traficantes y explotadores. No les convenia alarmar á los españoles, ni intentar entonces su conquista, sino sacar recursos de España y monopolizar el comercio marítimo para atender á las guerras que por otras partes traían. Mostrábase amigos, ofrecían y aceptaban alianzas, y de este modo lograron establecer colo-

«¿Quién os parece el mayor de los generales que ha habido en el mundo?— Alejandro, respondió Anibal.— ¿Y despues de Alejandro?— Pirro, rey de Epiro.— ¿Y el tercero?— El tercero yo, respondió Anibal con arrogancia.— ¿Y qué diriais si me hubierais vencido?— Entonces, contestó Anibal, me contaria yo el primero de todos.»

Como una de las condiciones de la paz con Antíoco fuese la entrega de Anibal como promovedor de la guerra, tuvo que fugarse igualmente de Siria, y buscar un asilo en Bitinia, á cuyo rey prestó también importantes servicios contra los aliados de Roma. Hasta allí le persiguió el odio de los romanos, y temiendo por la seguridad de su persona intentó escaparse: pero el rey Prusias le tenia bien custodiado, y entonces aquel grande hombre, desesperando de poder librarse del hado cruel que le perseguía, tomó un tósigo que llevaba siempre consigo, y murió á la edad de sesenta años.

Tal fué el fin de aquellos dos ilustres rivales, de quienes dependieron los destinos de sus respectivas repúblicas, y que tanta influencia ejercieron en el de todo el antiguo mundo.

(2) Lib. III.

Dióse entonces la famosa batalla de Zama, en que por fin el genio del grande Anibal sucumbió ante el genio del grande Escipion, y Cartago quedó humillada. Escipion hizo el mayor elogio de su rival, diciendo muchas veces que envidiaba la capacidad del vencido.

Duras fueron las condiciones de paz que el vencedor impuso á Cartago. La república vencida renunciaba á sus posesiones de fuera de Africa; daba en rehenes cincuenta principales señores de la ciudad escogidos por Escipion; se obligaba á pagar á Roma diez mil talentos de plata en cincuenta plazos; y lo que era mas sensible, entregaba sus naves; de quinientas á seiscientas fueron quemadas delante de la ciudad, y Cartago pasó por la humillación y desconsuelo de ver arder aquellas naves con que no había sabido impedir el desembarco de Escipion: comprometíase Cartago á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma, y á volver á Masinisa todo lo que habían poseído sus mayores y á darle cien rehenes. A todo esto accedió aquella república que con su poder había asustado al mundo. Así sucumbió Cartago.

Escipion volvió á Roma henchido de gloria y de riquezas. Delante de su carro triunfal llevaba al rey Siphax cargado de cadenas, pero el viejo nómida murió antes de entrar en la ciudad. Todos los honores de que podía Roma disponer se prodigaron al vencedor, que recibió el sobrenombre de *el Africano*. Fué nombrado nuevamente cónsul, y despues censor. Celebráronse magníficas fiestas, y se decretó dar una yugada de tierra á los soldados por cada año que habían hecho la guerra en Africa ó en España (1).

(1) Creemos que el lector no llevará á enojo que le informemos brevemente de la ulterior suerte que cupo á estos dos grandes hombres, Escipion y Anibal, que ya no volverán á figurar mas en los asuntos de España. Su historia encierra grandes lecciones para la humanidad.

Hemos indicado en el texto que Escipion tenia en el senado muchos envidiosos de sus glorias: achaque de todos los grandes hombres. Está envidias fueron dando su fruto. Despues de los triunfos de España y Africa que acabamos de referir, despues de haber contribuido á mantener á Filipo, rey de Macedonia, y á Prusias, rey de Bitinia, en la alianza de Roma; despues de haberle sido debida la victoria que su hermano Lucio ganó en Magnesia contra Antíoco, rey de Siria; despues de hecha con este rey una paz que aprobó el senado, á su regreso á Roma le esperaban ya acusaciones en lugar de honores. El austero, el duro Caton, su principal enemigo, le hizo llamar á la barra del pueblo. Compareció Escipion y dijo: «Romanos, hoy mismo hace años que gané en Africa una brillante victoria contra el enemigo mas terrible de la república. Hoy soy llamado á responder á los cargos de un proceso. Desde aquí voy al Capitolio á dar las gracias á Júpiter de que me haya proporcionado tantas ocasiones de servir gloriosamente á mi patria. Seguidme, romanos, y acompañadme á pedir á los dioses que os den jefes que se me parezcan. Bien puedo usar este lenguaje, porque si es cierto que vuestras distinciones se han anticipado á mis años, también lo es que mis servicios han ido delante de mis recompensas.» El pueblo se levantó y le siguió entusiasmado: los tribunos acusadores se quedaron solos.

En otra ocasion calumniaba el mismo Caton su conducta con el rey Antíoco, y en pleno senado le pedia cuentas de los gastos de las negociaciones. «Las cuentas, exclamó Escipion enseñando sus libros, aquí están: están corrientes y claras: pero no me hareis la injuria, ni os la hareis á vos mismo de exigirselas.» El senado pasó á otro asunto.

Ni aun su valor estuvo exento de las insinuaciones péfidas de sus enemigos. Decíanle que no sabia ser soldado. «Cierto, respondia Escipion, pero he sabido siempre ser capitán.»

Parece que para ponerse á salvo de los tiros de la envidia, hubo de retirarse á una modesta alquería, donde pasó el resto de su vida dedicado á los cuidados de la agricultura como otro Cincinnato, y á los estudios de la literatura griega á que había tenido afición desde su mas tierna edad. Grande debió ser la ingratitud de Roma cuando en un momento de despecho le obligó á exclamar: «Ingrata patria, no poseerás ni aun mis huesos: *ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis.*» Era un castigo para Roma privarla de las cenizas de un grande hombre. Murió Escipion en el mismo año que Anibal, el 572 de Roma.

No le estuvo reservada á Anibal mejor suerte. Al principio siguió dominando en Cartago, llegó á la suprema magistratura, é introdujo algunos cambios en el gobierno de la ya pequeña y desarmada república. Pero no permitiéndole su genio dejar de suscitar enemigos á Roma, se concertó para ello con el rey Antíoco de Siria. Noticioso el senado romano, se quejó al cartaginés, y temiendo Anibal ser entregado por sus propios compatriotas, huyó secretamente á Siria, donde tomó una parte activa en la guerra de aquel rey con los romanos. Encontráronse Escipion y Anibal en la corte de aquel príncipe. En una de sus entrevistas le preguntó Escipion:

nias y factorías en el litoral de la Bética, á cuyos moradores había hecho menos indomables y agrestes el largo trato con los fenicios. De allí y de las tribus vecinas reclutaban soldados que trasportaban á Sicilia, á donde iban á dar triunfos á los mismos que despues los habían de sojuzgar. La imaginación de aquellos hombres ignorantes no podia alcanzar tan avanzados y encubiertos designios.

Fué menester para que los comprendieran que viniera ya Amílcar desembozadamente como conquistador. Entonces comenzó también la resistencia. Istolacio, Indortes, Orisson; la historia nos ha conservado los nombres de estos tres caudillos, los primeros que se alzaron en armas contra la dominación extranjera, capitaneando á los tartesios y célticos, á los lusitanos y belones. Nos admira lo poco que nuestros historiadores parece haber reparado en este primer grito de independencia, del cual, sin embargo, arranca esa cadena de resistencias y de luchas contra las dominaciones extrañas que veremos irse prolongando por espacio de mas de veinte siglos en este suelo perpetuamente de invasiones trabajado. Amílcar venció á los dos primeros, pero el primer general cartaginés sucumbió en el tercer combate. Asdrúbal recurre á la política, contemporiza con los españoles y solicita su amistad. Anibal, el mas atrevido general de aquellas edades, creyó que para dominar el interior de España no tenia sino llevar á pasear por él sus legiones, pero halló en los oleadas, en los carpetanos y en los vacécios, pueblos que no querían dejarse subyugar. Los venció, porque tenia que vencer á masas irregulares é informes, mas no dejó de experimentar rudas acometidas y mas impetuosos que ordenados ataques de aquellas gentes.

Viene luego el suicidio de Sagunto, cuya memoria perdurable dispensa de todo comentario al historiador.

De suponer es que hubieran probado igual resistencia los romanos, á no haberse presentado como amigos de los españoles y como vengadores de agravios que habían recibido de otro pueblo. Admirablemente cuerda y política fué la conducta de los Escipiones. Los españoles juzgaron de la intención de Roma por el comportamiento de sus generales, y se hicieron sus aliados. Mas no faltó quien penetrara ya sus ultimos planes de dominación, y tratara de atajarlos con energía. ¿Qué fueron y qué se propusieron Indibil y Mandonio? Las historias romanas, como escritas por los vencedores, parece los quieren representar por boca de Escipion como *unos ladrones, y capitanes de ladrones, que no iban sino á destruir, quemar y saquear los pueblos vecinos* (1); pero olvidáronse de que nos habían dejado también escritas las arengas de aquellos dos infatigables caudillos de los ilergetes y ausetanos, en que expresamente declaraban que se levantaban á sacudir el yugo de los romanos, que como los griegos y los cartagineses venían á quitarles su libertad y á imponerles con palabras dulces una servidumbre vergonzosa. Muy fácil es á los vencedores, y mas cuando son los únicos que escriben, pintar como aventureros ó como bandidos á los primeros que empuñan las armas para defender la independencia de su patria.

Pero por mas avisados que queramos suponer á aquellos hombres, cuando pudieron sospechar, rudos como entonces eran, las encubiertas miras de sus huéspedes, era ya tarde; habíanlos dejado engrandecerse demasiado, los ejércitos romanos plagaban ya el país, se habían captado la alianza de otros españoles, y la voz de independencia tenia que ser ahogada como lo fué. Al aislamiento y á la falta de unidad que Estrabon señaló como la causa de haber perdido su libertad los iberos, podemos agregar nosotros la de su ruda sencillez, que no les permitió sospechar sino muy tarde los disfrazados designios de los pueblos invasores.

Merece ser notado el proceder tan diferente de las dos repúblicas que se disputaban el señorío de España. Los cartagineses eran siempre los primeros á mover la guerra. Importábaseles poco, si les convenia, tener que violar para ello los tratados. Jamás los romanos tomaban la iniciativa. Con el mismo pensamiento de dominación, pero con mas profunda

(1) Tit. Liv., lib. XXVIII, c. 16.

política, cuidaban siempre de no aparecer los infractores de los pactos ó convenios; esperaban á que otros los quebrantaran, ó los ponían en la necesidad de hacerlo, para aceptar despues la guerra con todas las apariencias de justicia, ó como reparadores de ofensas hechas á sus aliados. Solo así se explica la insistencia en seguir enviando embajadas al senado cartaginés, y de seguir pidiendo explicaciones aun despues de consumada la catástrofe de Sagunto: así se explica la calma con que veían el sacrificio de su heroica aliada.

Distinta fué también su conducta con los españoles durante la guerra. Los cartagineses imponían gravosos tributos á los pueblos conquistados y los agobiaban con exacciones. Empleaban á los naturales como esclavos en los rudos trabajos de las minas, ramo en que los fenicios les dejaron aun mucho que explotar, y que debió suministrarles riquezas sin cuento, á juzgar por la celebridad que adquirieron los famosos pozos de Anibal, de uno de los cuales nombrado Bebelo extraían diariamente, si no hay exageración en los historiadores latinos, trescientas libras de plata acendrada y pura, y el producto de las minas de la Bética era de veinte mil dracmas cada día. Los romanos, cuando les faltaban vestuarios y víveres con que cubrir y alimentar sus tropas, no los tomaban del país, los pedían á Roma, por no disgustar á los romanos que acababan de conquistar: y agotado el tesoro de la república, acudían los ciudadanos con donativos para subvenir á las necesidades del ejército de España antes que sobrecargar de impuestos á los naturales.

En sus victorias sobre los españoles señalábase los unos por su crueldad, por su generosidad los otros. Amílcar hace crucificar á Istolacio y á Indortes, jefes de los sublevados contra los cartagineses. Escipion perdona á Mandonio y á Indibil, cabezas de una insurrección contra los romanos. Anibal destruye á Sagunto para conquistarla, y fortifica despues su arruinado castillo para tener en él aprisionados y en rehenes los principales españoles. Los Escipiones recobran á Sagunto y conquistan á Cartagena, y dan libertad á todos los españoles, aun á los mismos que contra ellos habían peleado, y les devuelven todos sus bienes. El único acto de crueldad de Escipion fué el castigo de Illiturgo, y este fué impuesto por una deslealtad horrible. Mas tarde habían de ser los romanos tan malos señores como los cartagineses, pero entre tanto deslumbraban y seducían con su estudiado proceder. Así ganaron las voluntades de los indígenas, y con su ayuda lograron expulsar á los africanos.

¿Cómo á pesar de tan diferente trato militaron todavía tantos españoles en las banderas de Cartago? Era mas antigua su dominación en la parte meridional de España; españoles y cartagineses habían combatido juntos en las guerras de Sicilia, y esto naturalmente habría engendrado mas conformidad de hábitos y hasta de idioma entre los dos pueblos.

De todos modos, faltóles la unidad y el concierto, y malgastaron su bravura en pelear al mando de contrarios y extraños jefes, sin conocer que se labraban de este modo con sus propias manos las cadenas que los habían de aherrar, cualquiera que fuese el vencedor.

¿Cuáles eran las condiciones de existencia de los primeros colonizadores de España? ¿Cuál su forma de gobierno? ¿Qué fué lo que comunicaron á los indígenas?

Escasas noticias nos han conservado los historiadores acerca de la organización política de los fenicios. Sábese solo que sus colonias constituían una especie de república federativa, y que unidas á la metrópoli en una dependencia mas voluntaria que forzosa, todas sus ciudades se gobernaban por magistrados que ellas mismas nombraban (2). Su idioma era un dialecto de la lengua semítica, la de la tribu de Canaan. Pueblo eminentemente religioso, al menos en lo exterior, llevaba á todas partes su culto y sus dioses. Atribúyesele la invención de los caracteres alfabéticos y de la ciencia del cálculo. Poseían conocimientos en mecánica y en astronomía. Guiábanse en sus viajes marítimos por la observación de las estrellas. Su principal ocupación, la navegación y el comercio de cam-

(2) Al decir de Heeren era un gobierno semejante al de las ciudades asiáticas.

bio. Ignoramos si los españoles tomarían algo de su organización política, como tomaron su culto, su alfabeto y muchas de sus costumbres (1).

En las colonias de los griegos focenses prevaecía, como en la de Marsella, la forma aristocrática. Cien ciudadanos nobles componían el senado; su cargo era vitalicio.

De la constitución de Cartago nos dejó Aristóteles preciosas noticias. Presidían el senado y eran los jefes del gobierno dos *suffetos* (2), elegidos de entre todos los ciudadanos por su crédito y sus riquezas. La fortuna y las riquezas eran las que principalmente conducían a la alta magistratura. Por lo mismo que los cargos eran honoríficos, solo los ricos podían aspirar a ellos. La aristocracia que dominó en el senado hasta las guerras púnicas no era tampoco una aristocracia de nobles, sino de *optimates* ó ricos. A veces una sola familia poderosa monopolizaba en sí las primeras magistraturas del estado y dominaba en todas las votaciones. Esto sucedió primero con la familia de los Magones, después con la de los Barcas ó Barcinos. Durante las guerras púnicas adquirió gran preponderancia el poder popular. Había un tribunal de *ciento*, que juzgaba a los *suffetos*, a los generales y a todos los magistrados. Este tribunal salvó a la república de toda tentativa de trastorno (3).

Cartago, guerrera y conquistadora, tenía todas sus colonias sujetas a la metrópoli, que era su cabeza y su corazón, y el centro de su vitalidad, donde confluían las riquezas de todas; consistían estas principalmente en la agricultura y el comercio, en los productos de las minas y en los derechos de aduanas. Sus impuestos eran crecidos, y los exigían con inexorable rigor. Hasta las guerras y las conquistas eran un objeto mercantil para aquellos especuladores. Los soldados eran pocos; servíanse de mercenarios reclutados en todas las naciones, y sabiendo lo que costaba cada soldado griego ó campanio, galo ó español, calculaban el fruto de una conquista por el coste de la campaña. Así no es extraño encontrarlos codiciosos, avaros y egoístas, sin generosidad, sin compasión y sin fe; que se cuidaran poco de la cantidad de los juramentos y del fiel cumplimiento de los tratados, y que la *fe púnica* adquiriera aquella celebridad que se hizo proverbial (4). Cuando hicieron la paz con Roma después de la derrota de Zama, sufrieron con resignación las condiciones más humillantes; mas

vencido el primer plazo del tributo, los senadores lloraban al entregar su dinero, y Aníbal se echó a reír demostrando cuán despreciable era para él aquel senado de mercaderes.

Dedicada Cartago exclusivamente al comercio y a la guerra, no eran las letras las que prosperaban allí. Aunque se encuentra citada en los autores antiguos alguna que otra obra púnica, puede decirse que la única que se ha conservado es el Periplo de Hannon, ó sea la relación de la expedición marítima que de orden del senado hizo este marino desde España por la costa occidental de África como unos 500 años antes de J. C. en la primera estancia de los cartagineses en la Bética; cuyo libro se colgó en el templo de Saturno de Cartago (5).

Adoraban los cartagineses, además de los dioses fenicios y libios, algunas divinidades griegas ó helénicas cuyas estatuas colocaron en el templo de Dido ó Elisa, a quien tributaban culto divino. Pero hasta en las ceremonias y solemnidades religiosas predominaba la fría crueldad de aquel pueblo. Ofrecían a Moloch ó Saturno sacrificios humanos en épocas fijas; á veces eran víctimas ilustres é inocentes: en una ocasión viendo al enemigo cerca de sus muros, sacrificaron, para aplacar la cólera de los dioses, cien jóvenes escogidos entre las familias más distinguidas: y hallándose Aníbal en Italia, recibió la noticia de haber sido señalado su hijo para el sacrificio anual.

Por fortuna este pueblo desapareció sin dejar rastros de su existencia. En España no dejó ni una institución ni un monumento artístico: pasó su dominación como un pálido meteoro. Solo edificaron castillos y plazas fuertes, y los españoles aprendieron de los cartagineses a guerrear con más arte.

Los fenicios y los griegos fueron los que ejercieron más influencia intelectual y moral en las costas meridional y oriental de la Península en que se asentaron, y cuyos moradores eran ya por la benignidad misma del clima menos fieros que los del resto de España, y recibían con menos esquivéz las ideas y principios civilizadores de sus huéspedes. Pero no olvidemos que estas comarcas no constituían la España entera, y que aun conquistados estos países por las armas romanas, toda la parte occidental y septentrional de la Península se mantenía independiente y libre, y sus habitantes conservaban toda la fiereza primitiva, todas las costumbres rústicas y groseras que hemos descrito en el capítulo primero de este libro.

LIBRO SEGUNDO

ESPAÑA BAJO LA REPUBLICA ROMANA

CAPITULO PRIMERO

Levántanse los españoles contra la dominación romana

DESDE 204 ANTES DE J. C. HASTA 150

Cambio de conducta de los romanos para con los españoles.—Levántanse de nuevo Indibil y Mandonio.—Su muerte.—Guerra nacional.—Caton el Censor en España.—Su crueldad en la guerra.—Destruye cuatrocientos pueblos.—División de la España en Citerior y Ulterior.—Repróducense las insurrecciones.—Idea que se tenía en Roma de España.—Sórdida avaricia de los pretores. Sus violencias y exacciones.—Sempronio Graco. Su probidad y desinterés.—Estafas de Furio Philon.—Es acusado al senado por sus latrocinios.—Partido español que se forma en el senado.—Primeras concesiones políticas que obtienen los españoles. Colonias romanas en España. Carteya. Córdoba.—Causas de la prolongación de la guerra.—Apuros del pretor Fulvio.—El cónsul Marcelo.—Escipion Emiliano.—Crueldades y alevosía de Lúculo y Galba.—Matanzas horribles.—Indignación de los españoles.

Lanzados de España los cartagineses, y campando ya solas y sin rivales las águilas romanas, parecía que los españoles

(1) Silio Itálico asegura que existían en su tiempo en España muchas costumbres de origen fenicio, y se detiene a notar varias de ellas.

(2) En griego *jueces*: especie de reyes, que ejercían atribuciones semejantes a las de los cónsules de Roma.

(3) Aristot. *Política*.

(4) Heeren, sobre el comercio y la política de los cartagineses.

tenían derecho a esperar de los que se decían sus amigos y aliados, aquel tratamiento generoso, benéfico y humanitario que los Escipiones habían inaugurado durante la guerra.

Pronto se disiparon tan halagüeñas esperanzas. Aquella a que los romanos daban el suave título de alianza, ó el más dulce de amistad, fuése convirtiéndose luego en dominación verdadera, y los españoles se fueron penetrando de que no habían prodigado su sangre sino para resolver la cuestión de cuál de las dos repúblicas había de ser la dominadora, de que no habían peleado sino para cambiar de señores, y de que para sacudir el nuevo yugo les sería preciso emprender nuevas lides.

Fueron los primeros a conocerlo y pregonarlo aquellos dos belicosos é inquietos príncipes Indibil y Mandonio, a quienes antes hemos visto hacer armas alternativamente contra cartagineses y romanos, unos y otros igualmente aborrecidos, porque en unos y otros veían los usurpadores de su indepen-

(5) El sabio español, conde de Campomanes, habiendo proyectado escribir la historia de la marina española, compuso como para que le sirviese de introducción, una obra titulada, *Antigüedad marítima de la república de Cartago, con el Periplo de su general Hannon traducido del griego*. Precédela un *Prólogo* y *Discurso literario* sobre dicho *Periplo*. A esta obra debió el ilustre Campomanes el honor de ser admitido académico en la clase de extranjeros en la real Academia de Inscripciones y Buenas letras de París.

ESCULTURAS ANTIGUAS DEL CERRO DE LOS SANTOS

(TÉRMINO DE MONTEALEGRE, PROVINCIA DE ALBACETE)

REFERENCIAS POR EL PADRE FITA

- 1 y 3.—Bustos de sacerdotisas cistóforas.—Estilo greco-asirio.
- 2.—Ave Fénix sobre un ara de mármol.—Estilo greco-egipcio.
- 4, 5 y 8.—Estatuas de sacerdotisas cistóforas.—Estilo greco-asirio.
- 6 y 7.—Idem de id. id.—Estilo greco-egipcio.
- 9, 10 y 13.—Medallones de plomo.—Estilo id. id.
- 11, 12, 14 y 15.—Bustos de guerreros.—Estilo greco-asirio.